

La fe, expresión última del afecto a uno mismo

**Asamblea Internacional de Responsables
de Comunión y Liberación**



La fe,
expresión última
del afecto
a uno mismo

**Asamblea Internacional de Responsables
de Comunión y Liberación**

La Thuile, 19-23 de agosto de 2008

En portada:

La llamada de Pedro y Andrés, panel en bronce de la puerta del Duomo de Benevento (s. XIII).

Martes por la noche
19 de agosto de 2008

INTRODUCCIÓN

Julián Carrón

No hay nada tan apropiado para un hombre consciente de sí mismo como saberse necesitado. Por eso, nada expresa mejor lo que somos que la súplica, el grito del hombre menesteroso dirigido al Único que puede saciar su necesidad. Por tanto, comencemos nuestro encuentro ayudándonos, sosteniéndonos mutuamente, para que cada uno personalmente pida al Espíritu que venga en nuestra ayuda.

Desciende Santo Espíritu

Os saludo a cada uno y os doy la bienvenida a nuestra Asamblea de responsables, deseando que sea –como dice el título que hemos elegido– «una aventura para uno mismo», una aventura para cada uno de nosotros.

Para prepararnos y empezar a comprender qué quiere decir esto, el Señor, en vez de gastar palabras, ha hecho suceder hechos. En los días previos a nuestro encuentro, nos ha alcanzado mediante la muerte repentina de nuestro querido Andrea Aziani, misionero en Perú, que trabajó muchos años en la Universidad de Lima y deja una huella imborrable en todos los que le conocieron.

En una carta (que después don Giussani leyó en un retiro del Grupo Adulto) Andrea escribía hace años a Dado, cuando iba a visitar a los universitarios del Cuzco: «Estoy seguro que en el “baño misionero” de estos días emergerá en ti –y por tanto en todos nosotros– y crecerá poderosa la conciencia, la certeza de

lo que Cristo es en nosotros y para nosotros. *O quam amabilis es bone Jesu*». Son las palabras de una persona que casi se lo está confesando a sí mismo, sin sospechar que hoy lo leeríamos delante de todos. Y continuaba: «¡Qué alguien se enamore de lo mismo que nos ha enamorado a nosotros!». Es el deseo de que lo que uno ama pueda llegar a todos, el anhelo de que también los demás puedan ser alcanzados por Aquel que nos ha cautivado. «Pero, para que pueda ser así, nosotros tenemos que arder, arder literalmente de pasión por el hombre, para que Cristo lo alcance. “El fuego tiene que arder”». Don Giussani comentaba así esta carta: «Os reto a que encontréis un testimonio como este, donde sea y como sea, en cualquier parte del mundo, con cualquier hombre». No se da testimonio simplemente con las palabras, sino con la experiencia adquirida, probada, sufrida, sentida, madurada de tal manera que resulta inevitable comunicarla, una experiencia que está a la vista de todos.

No es necesario añadir nada a las palabras de don Giussani sobre Andrea, palabras que me han hecho recordar a otros amigos cuya vida ha culminado: don Danilo, que vivió muchos años en Paraguay y empezaba ahora su labor en Argentina; Giovanna, que estuvo varios años en Uganda; Alberto, probado por una larga enfermedad. Personas que han dado su testimonio hasta la muerte y que el Señor nos pone delante al comienzo de nuestro encuentro. Y yo no puedo pensar en ellos sin recordar las palabras de san Pablo –que describen bien nuestra situación–, en la *Carta a los Hebreos*, después de enumerar una larga cadena de testigos de la fe: «Una nube ingente de testigos nos rodea: por tanto, quitémonos lo que nos estorba y el pecado que nos ata, y corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús»¹. Estos testigos han mantenido la mirada fija en Jesús y han completado su carrera para alcanzar a Aquel que les había alcanzado. Ellos han dado testimonio ante nuestros ojos, para que todos pudiéramos comprobar que se puede vivir la fe en nuestro contexto cultural y social.

En estos días hemos tenido la oportunidad de empezar a leer el texto de los Equipos del CLU de los años 82 y 83², en los que don Giussani –a la vuelta de una audiencia privada con Juan Pablo II– recordaba lo que el Papa había dicho en esa ocasión: «Vosotros no tenéis patria, porque no sois asimilables a esta sociedad». Comentándolo, Giussani explicaba que quien quiere vivir con la mirada puesta en Jesús no tiene patria en este mundo. Esto, por un lado,

nos permite percibir el alcance de estos testimonios y, por otro, la importancia decisiva del recorrido propuesto en los Ejercicios de la Fraternidad³: porque para poder vivir sin tener una patria mundana es necesario que la fe sea una verdadera satisfacción, y no se quede en palabras o ideas. Por eso en los Ejercicios he subrayado que la prueba de la fe es la satisfacción. Es decisivo el vínculo entre fe y satisfacción. Muchas veces hablamos de la fe como si no tuviese nada que ver con la satisfacción, como si pudiéramos encontrar la satisfacción en otras cosas, según nuestros esquemas o imágenes, como si entre fe y satisfacción no se diese una relación real y verdadera. En cambio, empezar a no separarlas permite comenzar esa verificación que nos lleva a valorar hasta qué punto la fe es para nosotros el reconocimiento de algo real, de una Presencia tan real, verdadera porque es real, que produce una satisfacción.

Por tanto, el trabajo que nos espera en estos días no podrá limitarse a hablar a la ligera o a elucubrar; tendremos que comprobar si la fe conlleva esa satisfacción que nos permite vivir en cualquier circunstancia con la mirada puesta en Jesús, autor y perfeccionador de la fe.

Ahora bien, para poder verificar el contenido la fe –dice siempre don Giussani– hace falta lo humano. En *Uomini senza patria* hay algunas páginas verdaderamente estremecedoras: «La primera condición para que el movimiento sea un acontecimiento para mí [o el cristianismo sea un acontecimiento para mí], para que sea un fenómeno imponente, la primera condición es precisamente el sentimiento de la propia humanidad [...]: “el amor a uno mismo”. El afecto a la propia humanidad es lo contrario al egoísmo; porque el afecto a uno mismo, a la propia humanidad, está hecho más del asombro por lo que uno es, por lo que lleva encima y no se ha dado a sí mismo, que de la defensa tozuda de lo que uno piensa o siente. El afecto a uno mismo, el apego original a sí mismo, afirma la sorpresa ante el hecho de que uno no se hace a sí mismo, el asombro por esa objetividad que es mi sujeto, la maravilla ante eso que llamo “yo”»⁴. Pero para que no haya equívocos, don Giussani explica que este afecto a uno mismo se traduce «en la seriedad con la que se miran las propias necesidades. [...] Nosotros, [...] advertimos nuestras exigencias o padecemos las necesidades [...] y nos quejamos con un grito de dolor, con un lamento, cuando no son satisfechas, pero normalmente no las tomamos en serio»⁵.

Para tener este afecto verdadero por uno mismo hace falta pobreza de espíritu. «El afecto a uno mismo exige la pobreza. Por eso Cristo dijo: “Bienaventurados los pobres de espíritu”, “bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia”; porque no se trata del apego a algo que elegimos nosotros, sino a lo que nos define; se trata de reconocer algo que nos constituye sin que nosotros hayamos podido intervenir para darle forma. Por eso, la exigencia del amor, la exigencia del cumplimiento personal, la exigencia de compañía, es, sin comparación, algo más grande y más profundo de lo que pensamos; es algo a lo que atender y cuidar con una seriedad extrema, que no tiene comparación con todo el empeño que, sin embargo, ponemos en perseguir el objeto que elegimos, imaginamos o decidimos nosotros»⁶.

Quien no percibe su necesidad radical –esa necesidad que uno no se da a sí mismo sino que reconoce–, quien no toma conciencia de su necesidad no precisa llegar a la fe, puede detenerse a mitad de camino, se puede quedar en el signo y contentarse con ello. Por eso don Giussani afirma que cuando no se percibe la propia necesidad, el acontecimiento cristiano queda al margen de la persona, es decir, no puede tomar posesión de ella, acontecer en ella. Y subraya que el afecto a uno mismo «nos conduce al descubrimiento de las exigencias constitutivas, de las necesidades originales en toda su desnudez y amplitud»⁷. E insiste: «Pobre de espíritu es aquel que no tiene nada salvo aquello por lo cual y para lo cual está hecho, es decir, una aspiración sin fin [...], una espera sin límite. No es una espera “sin límite” porque sea ilimitado el conjunto de cosas que espera. No. No espera nada en concreto, pero vive una apertura sin límite –y no espera a nadie!–. Como dice una poesía de Clemente Rebora [...]: “No espero a nadie...”, y sin embargo aguarda, vigila. [...] Esto es lo originario en el hombre»⁸. Lo originario en el hombre es la espera, la espera del infinito, la tensión hacia algo que le supera.

Cuanto más leo estas cosas más me doy cuenta de por qué volvía siempre a compararme con los textos de don Giussani cuando vivía en Madrid: ¡porque tenía necesidad de esta mirada llena de ternura que abraza totalmente mi humanidad! No se encuentran muchas personas capaces de mirar la humanidad de esta manera, de mirar la totalidad de lo humano sin reducirlo. Se trata de una verdadera liberación: cuando uno se siente mirado así percibe la inmensidad de su propia humanidad. «Un afecto serio a uno mismo radica en la percepción de la infinitud de la propia

necesidad. Pero, insisto, nuestra necesidad no tiene límite no porque uno quiere cien mil cosas y después quiere también la cien mil una; no tiene límite justamente porque no antepone ninguna imagen de cosas que necesita: ¡“Es” necesidad! Pura necesidad»⁹. Todo esto no es una premisa para pasar después a lo que verdaderamente es importante, porque continúa don Giussani: «afecto hacia lo humano –[...] apego lleno de estima y de compasión, de piedad hacia uno mismo, [...] ese apego que tu madre tenía hacia ti, especialmente cuando eras pequeño (pero también ahora que eres mayor)–; si falta este afecto hacia nosotros mismos, si no tenemos ni siquiera una pizca de este afecto, es como si faltase el terreno sobre el cual construir. El movimiento nace de aquí, nace de un afecto a la propia humanidad. [...] Los padres, la patria, la tierra natal o el Misterio que hace las cosas, Dios, no se vuelven familiares a no ser que se perciban –en un cierto sentido– como parte de uno mismo, como constitutivos de uno mismo»¹⁰.

Para una persona que habla así la fe no es algo opcional. Llegar hasta reconocer Su presencia es indispensable, porque es ahí, cuando reconocemos a Cristo, donde uno puede encontrar respuesta a esa necesidad sin límite, a esa espera del infinito. Nosotros hemos llegado hasta aquí desde todos los rincones del mundo para esto. Si no fuese por este motivo, sería una pérdida de tiempo. Si este lugar no tuviese la pretensión de responder a esto, sería una tomadura de pelo.

Consciente del drama que todo hombre alberga, la Iglesia propone esta semana la siguiente Oración sobre las ofrendas: «Acepta, Señor, nuestros dones, en los que se realiza un admirable intercambio, para que, al ofrecerte lo que tú nos diste, merezcamos recibirte a ti mismo»¹¹. Lo único que necesitamos es «recibirte a ti mismo», ninguna otra cosa puede bastar a nuestra necesidad; a cambio de nuestros pobres dones que te ofrecemos y que Tú nos diste, danos a ti mismo. Por eso en el diálogo con los universitarios que se recoge en este libro a veces a don Giussani se le escapan expresiones como esta: «Mi corazón y mi carne exultan por el Dios vivo»¹²; ¡mi corazón está alegre porque Dios vive! El hecho de que exista el Infinito, de que Dios viva, es lo que hace que el corazón esté alegre, porque existe una respuesta a nuestro deseo.

Entonces, cuando hablamos de la fe hablamos de esto, de la respuesta a nuestra necesidad. Pero para poder comprenderlo, para poder comprender la diferencia entre la fe y cualquier otra cosa

hace falta una humanidad así. De otra forma, podríamos hablar de la fe sin tener fe, sin necesitarla, porque no sentimos la urgencia de reconocer este Tú, la necesidad de este «ti mismo» del que habla la Liturgia, porque podemos llenar la vida de muchas cosas inútiles y no tener el valor de mirar con seriedad nuestras necesidades, pensando por adelantado que no existen respuestas.

Por eso don Giussani dice que se pueden dar en nosotros las dos actitudes que describe el Evangelio. «Imaginémonos a Jesucristo cuando empezó a hablar por las calles, en las plazas. El Evangelio documenta inmediatamente dos actitudes diferentes que se pueden reconocer fácilmente. Por una parte estaban quienes ya tenían la solución de sus preocupaciones en el bolsillo, o que por lo menos ya sabían cuáles eran los instrumentos para afrontar los problemas del hombre y del pueblo (los escribas y los fariseos), y con ellos toda la gente que participaba del mismo espíritu. Tratad de imaginar cómo escucharían a Jesús; eran como piedras sobre las que caían inútilmente las palabras, o como pedradas que contradecían aquellas palabras, escépticos o con una dialéctica radicalmente opuesta; su actitud era como una piedra que se oponía a aquel discurso, lo contradecía o lo dejaba caer en saco roto. En cambio, tratemos de imaginarnos al resto de la gente, la pobre gente. No “pobre gente” porque fuese pobre –Nicodemo no era un pobre, y muchos otros, como apunta el Evangelio, tampoco lo eran–, sino pobres de corazón, que iban a escucharle porque “jamás nadie ha hablado como este hombre”, es decir, porque sus palabras les llegaban, tocaban su afecto, provocaban un afecto hacia sí mismos, rescataban el sentimiento de su humanidad. Era toda una muchedumbre que le seguía en el desierto y se olvidaba incluso de comer. ¿Cuál era el primer factor que definía ese fenómeno? ¿“Jesucristo”? ¡No! El primer factor que definía aquel fenómeno es que se trataba de pobre gente que sentía –como ya he dicho– piedad hacia sí mismos, gente que tenía hambre y sed [...]. ¿Qué quiere decir tener hambre y sed? [...] Desear el cumplimiento de la propia humanidad. Emergía en ellos el sentimiento verdadero de su propia humanidad»¹³.

Para que un hombre pierda integralmente el sentido del apego a sí mismo hace falta que esté completamente anestesiado. El tipo de sociedad en la que vivimos consigue realizar estas anestesias totales que, sin embargo, no pueden ser permanentes (¡siempre hay una grieta!). Estas anestesias totales, extremadamente difundidas, tienen un límite, no pueden ser permanentes, y por eso el

sufrimiento y la herida no son evitables. Esto permite a la gracia encontrar un resquicio abierto por el sufrimiento y la herida.

Cada uno de nosotros ha llegado aquí, sea cual sea su situación, con esta herida. Pidamos –y pidámonoslo mutuamente– esta apertura. Podemos estar aquí como muchos de los que iban a ver a Jesús, como piedras; o bien podemos estar con nuestra herida abierta, como hombres, con todas nuestras exigencias. Cuando leo el Evangelio, me impresiona cómo describe a la multitud: Le seguían porque les apasionaba escucharle, pero sin comprometer el propio corazón hasta el fondo, sin implicarse totalmente. Por eso hemos elegido este título, *Una aventura para uno mismo*. Si durante estos días y, en general, participar en la vida del movimiento no es una aventura para uno mismo, todo es inútil. Estamos juntos para ayudarnos a que estos días se conviertan en una aventura para cada uno de nosotros. Las asambleas que tendremos darán cabida a vuestras experiencias, dificultades, preguntas, testimonios, todo aquello que nos impide o nos ayuda a vivir la fe como respuesta a nuestra humanidad. La prueba de la fe es la satisfacción, por tanto evitemos las disquisiciones y los discursos. De esta forma, estos días pueden ser una ocasión, una ocasión más que se nos ofrece para dar un paso en la conciencia de lo que somos y de lo que es Cristo, de lo que es para cada uno de nosotros, para la necesidad humana que nos constituye. Acompañémonos en esto.

Jueves por la mañana
21 de agosto de 2008

PUNTUALIZACIÓN

Julían Carrón

Quiero hacer una puntualización sobre el recorrido que hemos hecho hasta ahora para poder proseguir el trabajo de estos días. Durante las asambleas de ayer emergieron dos cuestiones con claridad.

1. De la fe como conocimiento a la ética

La primera puntualización la llamaría así: el desplazamiento de la fe como conocimiento hacia una ética. Esto se documenta muchas veces en nuestras intervenciones. Uno empieza a hablar de la fe y del conocimiento, pero en seguida pasa a «cómo puedo ser digno». Es una cuestión bastante recurrente y quiero detenerme en ella un instante. Es el mismo problema que un chaval planteaba en un encuentro de responsables de los universitarios en junio: «Me he dado cuenta de que a menudo contamos cosas verdaderamente bonitas, pero es como si me avergonzase de decir que lo que busco, en el fondo, es a Cristo. Es como si dijese que voy a las vacaciones de la comunidad porque expresan una unidad, una compañía preciosa, y me detuviese ahí. Yo sé que, en el fondo, lo que busco es a Otro, pero tengo un cierto temor, una cierta vergüenza a decir que Cristo es lo que verdaderamente me corresponde». ¿Qué sucede entonces? Sucede que el centro de interés se desplaza desde las cosas bonitas, verdaderamente bonitas, que suceden, al problema de la vergüenza. Yo le dije a ese chico: «A mí no me preocupa tu vergüenza; me preocupa la inmoralidad con respecto a las cosas

bonitas, a las cosas verdaderamente bonitas que tú reconoces porque suceden. Porque tú no puedes vencer tu vergüenza: pero si tuvieses la posibilidad de crear las cosas bonitas, no tendrías necesidad de Cristo, que las hace suceder, no tendrías necesidad de Cristo presente que te arrastra completamente. Por eso el Señor te responde haciendo suceder continuamente cosas bonitas, no haciéndote un discurso sobre tu vergüenza, sino haciéndolas acontecer de nuevo ante tus ojos, para que te dejes vencer por ellas y estés tan contento que puedas, incluso, vencer tu vergüenza». Es algo decisivo: ¡qué método, que ternura la del Misterio, que se pliega ante nosotros, que se inclina para permitir que le conozcamos a través de lo que hace suceder en la realidad! No te suelta un discurso, sino que sigue haciendo suceder las cosas. Vemos de nuevo la importancia que tiene que el hecho de Cristo y los hechos que Cristo hace suceder ante nuestros ojos encuentren un yo, una humanidad en la que arraigar, un corazón, una sencillez de corazón que nos haga vencer la tentación de apartar la mirada de los hechos. Al actuar, Él nos invita a tener la mirada puesta en Su presencia, no en nuestro compromiso (porque nosotros no llegamos muy lejos con nuestro compromiso). Nuestro compromiso, nuestra libertad se juega ante esa Presencia. Lo decía perfectamente ayer Rose en el vídeo sobre el *Meeting Point International* de Kampala: Las cosas que tenemos que hacer cansan; lo que mueve, lo que conmueve es mirar. Es sencillo –es una verdad que siempre nos ha recordado don Giussani–, el camino cristiano es sencillo; todas las complicaciones empiezan cuando falta esta sencillez de corazón, y entonces todo se vuelve verdaderamente complicado, porque aunque yo consiguiese hacer las cosas perfectamente, el problema de la fe permanecería intacto, porque no habría empezado todavía a responder al desafío de los hechos, que me llaman a otra cosa. Por eso la insistencia en el cumplimiento es una coartada que nos buscamos («no soy adecuado, no soy coherente, no soy digno, no soy..., no soy..., no soy...») para no aceptar el reto que nos lanza la presencia de Cristo que tenemos delante. En esto consiste la inmoralidad.

2. El intimismo

La segunda cuestión abierta es la del intimismo o, por utilizar la fórmula que habéis sugerido en la asamblea, «quedarse parados». A veces, escuchar estas cosas puede escandalizarnos. En cambio

para mí, paradójicamente, que estas cosas empiecen a salir a la luz es el signo de que por fin algo se está moviendo. ¿Por qué digo que por fin algo empieza a moverse? Porque el que ha identificado durante años a Cristo únicamente con la compañía o ha reducido a Cristo al signo o a los efectos, a los frutos o a los valores cristianos, a los efectos que Cristo provoca, ese no tiene el problema de pensar si Cristo es un asunto intimista o no, no tiene ese problema, no siente el riesgo de afirmar algo que pueda no ser real: ¡porque no ha empezado todavía el recorrido de la fe! No sé si consigo explicarme. ¿Cuándo empieza a salir a la luz la pregunta de si lo que afirmo es real? ¿Cuándo? Cuando empezamos a sentir el escalofrío del riesgo. Por eso, estemos atentos a no dejar de lado este riesgo –el riesgo en el sentido bonito del término, de desafío– repitiendo el discurso correcto y limpio. Preguntémonos en cambio: pero yo, cuando afirmo a Cristo, ¿estoy afirmando algo real o no? Empezar a sentir este escalofrío en las entrañas de nuestro yo es el síntoma de que algo empieza finalmente a moverse. Muchas veces, en la vida de la Iglesia, cuando uno se encuentra en dificultades o se pone a la defensiva, prefiere volver a repetir el discurso ortodoxo. ¡Nosotros podemos repetir el discurso ortodoxo y aferrarnos a la doctrina para evitar de nuevo, de forma distinta, hacer las cuentas con lo que sucede, para evitar aceptar el reto de los hechos!

El que no arriesga, el que no se pone personalmente en movimiento de verdad para hacer el recorrido de la fe, tal vez no se equivoca, pero no llegará a la fe, y se dará cuenta enseguida por la forma en que vivirá la realidad, por la forma en que estará en la realidad. Porque no es lo mismo tener fe (la fe como algo que reconozco como real) que no tenerla. De un discurso, por correcto que sea, no brotan sujetos ni testigos imponentes como los que hemos visto y vemos continuamente. ¿Entendéis? Ni por asomo.

¿Cuál es la corrección que en ambos casos nos hace la Escuela de comunidad¹⁴, y por tanto el contenido de los Ejercicios? La fe como recorrido de conocimiento.

La primera forma de derrotar estos riesgos (sobre todo el del intimismo, es decir, la cuestión de si aquello a lo que me adhiero es real o no) es el capítulo décimo de *El sentido religioso*, porque ahora podemos retomarlo desde este riesgo y empezar a comprender verdaderamente la contribución espectacular que don Giussani nos ofrece para resolverlo. El punto de partida es lo que digo con frecuencia a mis alumnos cuando me preguntan: «Pero,

¿está usted seguro de lo que dice?». «Sí, porque yo no parto de Dios, sino de la realidad». Este es exactamente el alcance metodológico del capítulo décimo de *El sentido religioso*. El yo es despertado en el encuentro con la realidad, y este es el comienzo del recorrido del conocimiento, el asombro ante la realidad; yo debo dar razón de la presencia de la realidad, ¡y no puedo hacerlo de forma adecuada si ese Misterio que está en el origen de la realidad no es más real que la realidad! Pero a nosotros hacer este recorrido nos parece algo artificioso, antinatural; es decir, la experiencia que tenemos de la realidad está separada de Dios. Nos parece que ir hasta el origen del dato, es decir, recorrer el camino desde el signo hasta el significado, es algo forzado con finalidad religiosa y no lo que es originalmente característico de la razón al encontrarse con todas las cosas; se reacciona como si no fuese la realidad misma la que exigiera este recorrido. ¡Pero es el acontecer de la realidad lo que constituye en sí mismo un desafío para la razón, una provocación, una invitación! El desafío no se alcanza después, por obra del intelecto o de la voluntad. El carácter de signo no es el revestimiento subjetivo de una objetividad que carecería originalmente de él. La realidad es signo; no se convierte en signo porque lo diga yo, por medio de una operación del sujeto. Por eso es signo para un sujeto, no gracias a un sujeto.

Como dice don Giussani en *El sentido religioso*, el modo con el que la realidad se me presenta es una sollicitación «a buscar otra cosa distinta, que está más allá de lo que aparece inmediatamente. La realidad aferra nuestra conciencia de tal modo que esta presente y percibe algo distinto, otra cosa [...]. Esta reacción podemos expresarla con las siguientes preguntas: ¿qué es esto (que tengo ante mí)? ¿Por qué existe todo esto?»¹⁵. Pues bien. «Una cosa que se ve y se toca, y que al verla y tocarla me mueve hacia otra cosa, ¿cómo se llama? Signo»¹⁶ (deberíamos saberlo de memoria por la Escuela de comunidad). Signo: para explicarlo necesito afirmar algo distinto. Como en el ejemplo del ramo de flores: cuando recibimos un ramo de flores, lo primero que nos preguntamos es quién nos lo ha mandado. Pero, ¿por qué estoy convencido de que existe ese “alguien” y que no es un autoconvencimiento mío, que no es algo virtual o intimista, que no se trata de algo que está suspendido en el aire? ¿Por qué estoy convencido de ello? Por la presencia del ramo de flores.

Atención, detenernos en esta dinámica no es secundario, porque esto debería derrotar la objeción fundamental de Ludwig

Feuerbach, quien pensaba que el ímpetu religioso es simplemente una proyección. Pero volveré sobre esto más tarde.

La dinámica de la fe es igual que la dinámica de la realidad, elevada a la enésima potencia, porque yo me encuentro ante mí no sólo la realidad, algo real, sino una realidad tan excepcional que hace surgir mucho más fácilmente todo el recorrido del conocimiento. La dinámica es, literalmente, la misma. Entonces la fe no empieza por una sugestión, por un sentimiento o por una imaginación; todo comienza ante un acontecimiento que sucede y que provoca la razón más que todos los demás. En el origen, por tanto, no está el imaginarse algo que no se ve, una fuga al más allá, un impulso emotivo hacia lo invisible, sino el planteamiento de un dato que exige una explicación, que compromete la razón como ninguna otra cosa, porque nada moviliza ni despierta tanto la humanidad como este dato.

Por tanto, si no acepto recorrer este camino del conocimiento, provocado por el hecho excepcional que encuentro ante mí, acabo teniendo, sin darme cuenta, una concepción fideísta de la fe. Se puede ser del movimiento y tener una concepción fideísta de la fe, por la que el objeto en el que se cree no es real, sino que está puesto o supuesto por el sentimiento, por un impulso negativo. Es una fe sin razón, que no tiene nada que ver con el conocimiento, no es una fe cierta de que Cristo existe. Por eso la cuestión es la misma que dijimos en los Ejercicios: el problema de la fe no tiene que ver con lo que no vemos, sino con lo que vemos. El origen de la fe no es una iniciativa subjetiva, un sentimiento, una decisión o una imaginación, sino un hecho: «El encuentro con un acontecimiento, con una Persona»¹⁷. La fe no tiene su origen en nuestro interior, sino que viene de fuera, del acontecer de algo que golpea y provoca al sujeto en sus dimensiones fundamentales: razón, corazón, libertad, afecto.

Como hemos podido ver, no se puede dar por supuesto que la fe sea un método de conocimiento. ¿En qué se ve que es así? En que no la utilizamos como algo real, en que no contamos con ella para resolver los problemas concretos, no nos servimos de ella para entrar en la realidad y vivir las circunstancias, en definitiva, en que la mantenemos al margen de la vida real. Luego, cuando conocemos a alguien que habla del Misterio como algo real o vemos a alguien que se mueve contando con el Misterio como algo real, nos remueve por dentro y sale a la luz dónde está el problema. En este

sentido podemos darnos cuenta del alcance cultural del esfuerzo que don Giussani llevó a cabo durante años para proporcionarnos las herramientas para luchar, los instrumentos que nos permitan salir de una situación que hunde sus raíces en la historia. Como si fuésemos hijos de Descartes o de Inmanuel Kant, creemos que la certeza viene del pensamiento o de la fuerza del sentimiento, y no de la realidad en cuanto acontecimiento.

Entonces, ¿por qué no tiene razón Feuerbach? ¿Por qué no es nuestro deseo el que inventa a Dios o hace como si Cristo estuviese presente? ¿Por qué la fe no es la proyección de una idea que he heredado y a la que sigo apegado, que me tranquiliza psicológicamente y a la cual no renuncio, pero que en el fondo no tiene razones adecuadas y no incide en la vida? Feuerbach no tiene razón porque el punto de partida de la fe –como decimos siempre– es algo que está fuera de mí, algo que genera una experiencia humanamente única e interpela la razón exigiendo una explicación. Lo que requiere una explicación es el mismo hecho que tengo ante mí. Feuerbach no tiene razón: puede ser que yo invente, que tenga este sentimiento, puede ser que tenga esta necesidad, puede ser todo, todo lo que queráis, pero ese sujeto que piensa todo esto no se hace a sí mismo, y si no se hace a sí mismo significa que hay Otro que le hace. Otro que no es virtual, sino real, más real que yo mismo, más real que la misma realidad.

Si estamos dispuestos a dejarnos atraer, conmover, a implicar toda nuestra capacidad humana (que no es sólo sentimiento, sino razón, libertad y afecto), podemos hacer un camino de conocimiento que nos lleve a la fe y a vivir la fe en Jesucristo como hombres, sin censurar nada, con toda nuestra humanidad. Y la satisfacción es la prueba de que he recorrido ese camino de conocimiento que es la fe. Por si no bastase todo lo que hemos dicho antes, hay una prueba de que no estamos en las nubes, ni en un mundo virtual: que experimento una satisfacción real, es decir, una correspondencia. Porque para encontrar satisfacción, es preciso un objeto real. Tratad de encontrar satisfacción en algo virtual. Sin un Tú real no hay satisfacción posible. Por eso, como decíamos al principio, la fe no es algo opcional. Muchas veces podemos tergiversar las palabras según nuestras conveniencias; se ve perfectamente cuando reducimos la palabra “correspondencia” o “satisfacción” a lo que decidimos nosotros. Pero no nos hagamos los listos, no sirve.

Una persona me ha escrito: «Muchas veces identificamos la experiencia de la satisfacción con el hecho de haber conseguido

tener cosas, algún éxito, o el reconocimiento de los demás. ¿Puedes explicar qué quiere decir verdaderamente la experiencia de la satisfacción de la fe?». Yo os digo: miremos cara a cara las cosas y no sucumbamos siempre a la mentira. No es verdad que no sepamos cuándo nos ponemos el zapato equivocado, no es que no sepamos si corresponde o no y por eso tengamos que preguntárselo al responsable o al psicólogo. Lo que nos lleva a la confusión es una falta de lealtad con nosotros mismos. Por eso recordaba el primer día lo que don Giussani dice sobre el afecto a uno mismo, porque cuando uno tiene ese afecto a sí mismo, es decir, esa seriedad con sus propias necesidades, con sus exigencias, entonces tiene dentro de sí el criterio de juicio para ver qué le satisface. Pero también aquí podemos llevar a cabo una reducción, porque a menudo identificamos esas necesidades con ciertas imágenes. Por eso –dice siempre don Giussani (y ahora lo comprendemos mejor desde el trabajo que estamos haciendo)– para reconocer las necesidades verdaderamente humanas (sin reducciones) es necesario ser sencillos de corazón. El afecto a uno mismo exige la pobreza, la pobreza de espíritu. «El afecto a uno mismo nos conduce al descubrimiento de las exigencias constitutivas, de las necesidades originales en toda su desnudez y amplitud». Y cuando uno es pobre de espíritu, ¿qué descubre en sí mismo? Una aspiración sin fin, una espera sin límite, hasta el punto de que –como dice Giussani citando a Clemente Reborano espera a nadie, porque sabe perfectamente que cualquier cosa es insuficiente (¡lo que no quiere decir que se desentienda!), y sin embargo está allí, totalmente en tensión. No sucumbe identificando el objeto de su espera con una imagen que cumple su vida, es decir, con la idolatría. La tentación de la idolatría es la de identificar lo que misteriosamente deseamos –el Misterio– con un ídolo. Aclara don Giussani: «Es como si en aquel prado nos imaginásemos a un pobre de espíritu; nos lo tendríamos que imaginar allí sentado, con las manos hacia arriba, con la cabeza levantada mirando al cielo, a la tierra, a las montañas, a todo, con un corazón abierto, sin definir lo que espera, sin imaginar, sin decir: “Quisiera un techo, una casa, una mujer, quisiera hijos, dinero”. ¡Nada, no hay nada! Esta es la actitud original del hombre; en efecto, lo original en el hombre es la espera del infinito. [...] Así es, como hemos observado, para la exigencia del amor, de la verdad, de la posesión, así es para la exigencia del nexo con toda la realidad»¹⁸.

Decidme ahora si cuando hablamos de correspondencia y de satisfacción tiene algo que ver con esto. Dejemos de tomarnos el pelo, porque confundir esta experiencia nos impide después reconocer cuál es la diferencia que introduce Cristo. Si cualquier cosa nos vale, ¿por qué estamos en el movimiento? Si nos contentamos con cualquier imagen, ¿por qué necesitamos la fe? ¿Por qué no nos basta la curación, al contrario que a los nueve leprosos de la parábola? ¿Por qué? ¿Por qué no nos bastan los frutos cristianos, por ejemplo una buena compañía? ¿Por qué no nos basta? ¿Por qué la fe es algo indispensable? Precisamente por esto: porque lo original en el hombre es la espera del infinito.

Sólo un hombre así, como dice la Escuela de comunidad, cuando encuentra algo excepcional, se da cuenta de que eso que es capaz de satisfacer y de imantar todo su yo es sinónimo de lo divino. Y por eso la fe ofrece una satisfacción completamente distinta que podemos comprobar en la experiencia. ¿Por qué? Porque –como dice don Giussani– el atractivo que ejercía Jesús sobre los demás –el mismo atractivo que suscita en nosotros cuando nos sale al encuentro– se debía al hecho de que no se ponía como referencia última a Sí mismo, sino al Padre, atraía hacia Sí para conducir al Padre, para abrirnos al Misterio, el único capaz de colmar la espera del hombre. Nosotros apreciamos esa correspondencia única de la fe justamente porque nos topamos con algo real y presente, que nos satisface exactamente porque lleva dentro Algo que nos abre al infinito. Por ello, hallamos una correspondencia que creíamos “imposible”.

Sólo Él cumple la naturaleza de mi yo, que es deseo de infinito. Y todos nuestros intentos de reducir el signo apartándolo del Misterio, todo nuestro estar juntos sin prestar atención al Misterio que genera nuestra compañía, no consigue ligarnos. Porque si lo que nace de Jesús no nos abre al Misterio de Dios, nuestro estar juntos no nos corresponde, no nos satisface. Por eso la fe no puede ser algo opcional. Por usar una expresión preciosa de don Giussani: lo único que corresponde es un Tú real y misterioso. El objeto de la fe es este Tú real y misterioso. A esto somos invitados, a nada menos que esto. Sin esto, la fe dejaría de ser tan razonable como para aferrar todo el yo y requerirlo por entero. Porque nunca como en esta relación con ese Tú real y misterioso mi vida adquiere un valor, una conciencia y una experiencia que ninguna otra cosa le puede dar.

Retomar lo que hemos dicho es un trabajo, ante todo, personal porque, como veis, lo que está en juego es nuestra vida. Nadie debe sustituirnos en el trabajo personal (que no quiere decir individualista, porque lo hacemos acompañándonos). Atención a no hacer de mediadores: amigos, es decir, testigos, no conniventes. Si tratamos de reducir el alcance del desafío, entonces somos delincuentes en vez de amigos. Cristo ha llamado a cada uno por su nombre, porque cada uno lleva en sus entrañas un hambre de satisfacción y plenitud. Por eso estamos juntos para ayudarnos, no para otros fines.

Sábado por la mañana
23 de agosto de 2008

SÍNTESIS

Julián Carrón

Hemos empezado el trabajo de estos días partiendo de la provocación de don Giussani, que recordábamos en los Ejercicios de la Fraternidad: la negación de que Dios es todo en todo es una irreligiosidad que comienza, sin que nadie se dé cuenta de ello, por una separación que se produce entre Dios como origen de la vida, origen y sentido de la vida, y Dios como hecho del pensamiento. Es decir, lo que nosotros pensamos muchas veces sobre Dios no tiene nada que ver con lo que Él es a partir de la experiencia, y esto sucede sin que nadie se dé cuenta. ¿Por qué sucede esto? Todo se juega en la forma de entender la relación entre razón y experiencia. En estos días hemos vivido una experiencia juntos: mirémosla tratando de ayudarnos a establecer una relación verdadera entre razón y experiencia, miremos la experiencia tratando de percibirla con toda nuestra razón.

1. Afecto a uno mismo

Cada uno de nosotros ha llegado aquí en una situación determinada (muchos me lo habéis dicho, cada uno puede saberlo), y lo primero que ha sucedido es que nos ha alcanzado una mirada llena de afecto, que hacía fácil advertir nuestro yo con todas sus necesidades. Volvamos de nuevo a la forma absolutamente conmovedora con la que don Giussani habla de este afecto a uno mismo: «El afecto a uno mismo, el apego original a sí mismo, afirma la sorpresa ante el

hecho de que uno no se hace a sí mismo»¹⁹. En don Giussani encontramos una mirada que es capaz de asombrarse ante lo que es el yo. Este afecto a uno mismo se mide por la seriedad con la que se miran las propias necesidades. Nosotros vemos que él tiene este afecto por nosotros porque tiene más conciencia de nuestra necesidad que nosotros mismos. Por eso uno se siente liberado en este abrazo. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia»²⁰, los que reconocen que tienen este hambre y esta sed, porque, si el afecto a mí mismo es el descubrimiento de las exigencias que me constituyen, las necesidades originales en toda su desnudez y amplitud, se necesita una gran pobreza de espíritu para reconocer mi yo sin reducirlo a mi interpretación, a mi cultura, a mi medida.

Nosotros necesitamos que alguien nos mire así, porque todos –puesto que vivimos dentro de la historia– nos miramos habitualmente a través de la lente de la cultura que nos rodea, que de por sí tiende a ser reductiva. Por eso, amigos, no demos por descontada ni siquiera una línea, porque encontrar una página como esta, en la que don Giussani nos mira de esta forma, es un signo de otro mundo en este mundo. No se trata de algo sentimental o de una humanidad un poco superior. ¡No! Tampoco Giussani, que pertenece a nuestra misma cultura, sería capaz de mirarnos así si no fuese porque en él vibra otra cosa. A veces no caemos en la cuenta de que para mirar así hace falta que el Verbo se haya hecho carne y habite en medio de nosotros: ¡que habite ahora, porque esta mirada no está solo en el Evangelio, está presente en alguien que mira así ahora!

Don Giussani nos testimonia una pobreza de espíritu capaz de reconocer esta aspiración sin fin, esta espera sin límite. «El afecto a uno mismo nos conduce al descubrimiento de las exigencias constitutivas, de las necesidades originales en toda su desnudez y amplitud [...] No es una espera “sin límite” porque sea ilimitado el conjunto de cosas que espera. No. No espera nada en concreto, pero vive una apertura sin límite –¡y no espera a nadie!–. Como dice una poesía de Clemente Rebora [...]: “No espero a nadie...”, y sin embargo aguarda, vigila»²¹: es una fórmula genial para decir en qué consiste esta espera sin límite.

Esta es la originalidad del hombre. Lo original en el hombre es la espera del infinito. Hace falta esa pobreza para reconocer que todo lo que espero no se reduce a mis imágenes, a las imágenes que la mentalidad de hoy, la cultura o la publicidad introducen en mi cabeza. Sólo bajo una mirada así puedo salir a la luz, tener el valor de

considerar toda mi indigencia, pues de otra forma me asustaría y acabaría reduciendo mi necesidad. «Un afecto serio a uno mismo radica en la percepción de la infinitud de la propia necesidad. No tiene límite justamente porque no antepone ninguna imagen de cosas que necesita: ¡“Es” necesidad! Pura necesidad»²². Yo “soy” necesidad, no “tengo” necesidades. Soy esta necesidad, soy esta espera sin límite, soy esta espera del infinito, soy esto.

Una persona que tiene esta pobreza puede tener un apego lleno de estima, de compasión y de piedad hacia sí mismo. Pero yo me pregunto: ¿cuántas veces uno se mira así? ¿Cuándo ha sido la última vez que he tenido un instante de ternura así conmigo mismo? Os desafío: ¿dónde encontráis una mirada así? ¿Por qué yo volvía continuamente a leer las páginas de don Giussani? Porque no encontraba una mirada como la suya en ningún otro sitio. ¿Entendéis? No es que yo sea tonto y no tenga otra cosa que hacer... ¿Dónde podía encontrar una mirada como ésta, capaz de abrazar toda mi humanidad?

Sin una pizca de estima por nuestra humanidad nos falta el terreno sobre el cual construir todo lo demás. Pero, ¿qué hace don Giussani al mirarnos así? Actuando así elimina repentinamente dos mil años... hace presente a Cristo, porque es Cristo quien establece que «no necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan»²³. Y esto sucede ahora, hay alguien que me mira de esta forma ahora. Él ha venido y viene ahora para nosotros, que somos unos pobrecillos.

¿Cómo responde, pues, a nuestro ser que es necesidad? ¿Cómo sabemos que Él no nos abandona y sigue teniendo esta piedad para con nosotros? No lo sabemos prestando atención a la imaginación o al sentimiento, deduciéndolo de un discurso o convenciéndonos; lo sabemos mirando los hechos, prestando atención a la realidad. El punto de partida es el apego a la realidad, a algo real, pues es verdad –y nos damos perfectamente cuenta cuando nos observamos– que nadie se mira a sí mismo de esta manera si no encuentra alguien que lo mire así.

2. Los hechos

Por tanto –y éste es el segundo paso– debemos mirar los hechos a través de los cuales Él responde. ¿De qué hechos hablamos? Mirar los hechos es un método, que no se ha inventado don Giussani, sino

que ha utilizado siendo la forma normal de relacionarse con la realidad. El testimonio más transparente de este método es Jesús: «Mirad a los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta»²⁴. ¿De qué está hablando? ¿De dónde parte? De lo que mira. Pero no puede mirar a los pájaros sin llegar al Padre. Nos enseña así una mirada que no se detiene en la apariencia, sino que llega hasta el origen, hasta el Padre del que surge constantemente la realidad concreta. «¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida?»²⁵. Una mirada que nos obliga a hacernos muchas preguntas. ¿Te das tú la vida a ti mismo? ¿Pero si no puedes añadir ni siquiera un instante a tu vida! Pero, ¿quién te la está dando ahora? ¿Cuál es el punto de partida de Jesús? La vida que reconocemos ahora. «¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos en cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan y os digo que ni Salomón, en todo su esplendor, estaba vestido como uno de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así [¡es Dios el que viste así a la hierba del campo!], ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe?»²⁶. Gente de poca fe: gente que no mira la realidad hasta llegar al punto de donde surge, que no comprende que todo lo que está sucediendo ahora (desde los pájaros y la hierba hasta mi yo) está todo generado, sostenido, originado en este instante por un Padre. Debemos, por tanto, dar cuenta de la realidad: de lo que existe, no de aquello que imagino, siento, o pienso... de aquello que existe: de los pájaros, de la hierba, del yo. Se parte de la realidad. Como decía Andrei Siniavski, «no hay que creer por tradición, por miedo a la muerte o por cubrirse las espaldas. O porque haya alguien que da órdenes e inspira temor, tampoco por razones humanistas, para salvarse o para ser original. Hay que creer por la sencilla razón de que Dios existe»²⁷, como clama toda la realidad. Por eso Feuerbach se equivoca: nosotros no creemos por razones humanistas o porque tengamos miedo, nosotros creemos porque Dios existe.

Esta dinámica, que nos enseña Jesús y que don Giussani ha seguido, es la misma que se ha dado en estos días. Por eso, ¿cuáles son los hechos que hemos vivido este año? Miremos juntos los hechos, mirémoslos juntos. Todos los habéis visto: los Zerbini, Rose y sus mujeres, Andrea Aziani; y cada uno puede añadir toda la cadena de hechos que ha visto en estos días. No son imaginaciones, por favor, seamos serios; que nadie se permita reducir los

hechos a sentimientos e interpretaciones: ¡debemos mirarlos! Porque si no somos leales a la hora de mirar los hechos, se abre brecha esa distancia entre razón y experiencia que es mortal, que produce un dualismo que hace que la adhesión a la fe deje de ser razonable –¿entendéis?–, aunque repitamos palabras piadosas; no es razonable porque está al margen de los hechos. El problema es que la primera separación, la primera inmoralidad, anida ya en como describimos la realidad, en como la miramos, de tal manera que muchas veces ni siquiera vemos lo que hay.

Todos hemos presenciado estos hechos y muchos otros en los que no me voy a detener. Pues bien, yo me pregunto: durante estos días, ¿cuántos de nosotros han secundado el recorrido del conocimiento? No me repitáis el discurso sobre el recorrido del conocimiento; ya sé que todos lo sabéis, esto lo doy por bueno. Pero, frente a estos hechos ¿cuántos han seguido en primera persona un camino de conocimiento? ¿Hemos dicho: «¡Qué bonito!», y ahí ha terminado todo?; y después hemos ido a Misa y hemos rezado Laudés. En estos días ¿quién ha saboreado la victoria sobre la separación y el dualismo? Si no es así, podemos haber pasado unos días estupendos, pero nos marchamos derrotados; mañana por la mañana nos levantaremos diciendo: «Estamos solos».

¿Por qué si el signo es tan inconfundible y los hechos son tan irresistibles y tan imponentes, cuesta tanto hacer este recorrido del conocimiento? Don Giussani explica que estos hechos hay que leerlos con el corazón, y que el corazón, para evitar cualquier reducción sentimental, es una razón afectivamente comprometida («El corazón –como razón y afectividad– es la condición para que la razón se ejerza sanamente»²⁸). ¿Qué significa “razón afectivamente comprometida”? Que nuestra razón ha sido cautivada. Por eso no existe razón sin afecto. Nos hallamos ante un hecho que nos ha atraído despertando toda la exigencia de comprender su significado, de llegar al fondo de lo que estamos viendo. Y entonces, nuestra dificultad, ¿a qué se debe? A una falta de afecto por lo humano. Si en nosotros falta lo humano, falta el terreno sobre el cual construir. Por eso puede uno contentarse con decir: «¡Qué bonito!» y no emprender el recorrido del conocimiento. Si al cabo de estos días nos vamos contentos sin haber hecho el recorrido que culmina en la fe, es una desgracia, porque con mayor motivo mañana, una vez que haya terminado nuestro encuentro, todo lo que hemos visto generará una gran tristeza; porque sin hambre y sed de lo humano no brota la dinámica del conocimiento.

Aquí se comprende que la necesidad no inventa la Presencia, pero permite conocerla, reconocerla, y se comprende también que el verdadero problema del conocimiento no es la inteligencia. «El meollo de la cuestión cognoscitiva no está en una particular capacidad de inteligencia. [...] La clave, entonces, es tener una postura adecuada del corazón»²⁹. La pobreza de espíritu es la posición adecuada del corazón. Por eso no van por delante los que son más listos, sino los más sencillos, justamente por este cambio de método que el hecho de la Encarnación ha introducido en la historia. Es un cambio de método. Y podemos estar aquí con toda nuestra perspicacia y meter todo en un esquema. Pues vale, es una pérdida de tiempo como otra cualquiera; pierdes lo que está sucediendo ante ti, que es el modo en que Él sale a tu encuentro para responder a tu necesidad.

En el fondo, pensamos que comparar los hechos con el corazón es algo complicado o artificioso, para gente que se complica la vida. Creemos que este recorrido del conocimiento es para aquellos que tienen tiempo. Consideramos que el conocimiento debe ser automático, espontáneo, que no hace falta hacer este trabajo. Es más, en cuanto escuchamos la palabra «trabajo», sospechamos y pasamos. ¡Muy bien, enhorabuena! Es como si creyéramos que, para que sea verdadero conocimiento, no debo estar yo. ¿Por qué? Porque nos influye la mentalidad dominante, cuya filosofía defiende que el conocimiento es verdadero, cierto, garantizado, objetivo, cuando el sujeto no interfiere, cuando no exige todo la hondura del sujeto, pues de otra forma está bajo sospecha, como demuestra la sospecha de que se produzca por autoconvencimiento. En lugar de asumir el esfuerzo del trabajo para reconocer todo el alcance de los hechos hasta captar su significado, pienso que es algo muy complicado y me convenzo a mí mismo. Esto se lo he oído decir a muchas personas en estos meses de estudio sobre la fe. ¡No, no y no! El conocimiento cientificista pretende ser el único válido, pretende que el único conocimiento verdadero y objetivo sea aquel que se produce cuando el sujeto no interfiere, cuando se aparta el yo. Por eso el Papa ha comenzado una lucha para defender la razón. ¿Reconocemos nosotros como único conocimiento real y objetivo el conocimiento cientificista? O ampliamos la razón o inexorablemente expulsamos de la realidad al Misterio, y luego no sabemos qué hacer, y hablamos del Misterio de forma sentimental o intimista. Es necesario hacer todo el recorrido del conocimiento.

Si rehusamos hacer el recorrido del conocimiento hasta el final, cuando hablamos de la fe lo hacemos de un modo irracional,

introduciendo una distancia entre la razón y la experiencia. Podemos sabernos el discurso sobre la fe, pero después —en estos días que deberían ser una ayuda— seguir siendo perezosos, sin dar un paso personal, sin buscar qué significa lo que vemos. Queda patente que el comienzo de ese recorrido de conocimiento que se llama fe, el comienzo del camino de la certeza, es el suceder ante nuestros ojos de algo sumamente deseable, que parecía imposible: es una humanidad de características irresistibles, una diferencia que atrae. Tú conoces a personas que tienen una mirada sobre la vida que te hace recobrar el aliento, que se relacionan con todo sin que haya nada banal, y todo cobra el peso de lo eterno. Conoces a un Andrea, a una Rose, a una Cleuza. No te puedes explicar lo que ves sin reconocer otro factor, y no puedes resistir sin preguntar: ¿cómo es posible? ¿Por qué es tan distinto? ¿Cómo hace para ser así? Y brota este deseo: «Me gustaría ser así», casi con vergüenza de confesárnoslo a nosotros mismos. Si somos leales hasta el fondo, nos vemos arrastrados hasta el umbral del reconocimiento de Algo distinto dentro de lo que vemos.

3. Reconocer Su presencia

Doy el tercer paso. ¿Quién ha llegado a reconocer este factor distinto, esta Presencia que hace distintos a los que vemos con nuestros ojos (no con los ojos de los demás o de alguien que me lo ha contado, sino con nuestros propios ojos)?

Si uno no llega hasta este punto, no es capaz de dar razón adecuada de los hechos, se queda en la apariencia: en primer lugar, es irracional porque se detiene antes de dar razón de los hechos; en segundo lugar, no encuentra respuesta a su necesidad, a su hambre; y —sobre todo— en tercer lugar, permanece en la soledad más radical, aunque esté junto a otros, porque, como explica Giussani, la soledad es la extrañeza con respecto al significado. La soledad verdadera es la impotencia, y Cristo respondía así a esta soledad e impotencia: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!»³⁰. Por tanto, si yo no llego a reconocerle, estoy solo, porque sólo una Presencia responde a la soledad, y podemos vivir en la paradoja de estar a la vez juntos y solos, porque el problema no es estar juntos (hay muchas personas que están juntas), sino cómo estamos juntos, la conciencia que vivimos estando juntos. Reconocer este factor distinto, que es el Misterio, nos hace estar juntos de forma distinta. Por eso sólo Cristo responde a la verdadera soledad y la fe no es algo optativo: o Cristo o la nada.

Pero, ¿cómo puede alguien sentirse solo en medio de una sobreabundancia tal de hechos? Por una falta de reconocimiento de Aquel que está entre nosotros, que es el origen de estos hechos, de esta humanidad “imposible” que hemos tocado con la mano. ¿Cómo es posible que falte este reconocimiento? Atención de nuevo, este reconocimiento no es automático, implica necesariamente mi libertad. Muchas personas han visto los hechos, muchas vieron los milagros, muchas fueron testigos de esos hechos y no se adhirieron. Se quedaron solas con su impotencia. No basta ver, no es automático: nada es automático en el hombre, ¡gracias a Dios! El hombre es libre. Una vez más hace falta la implicación de todo el yo. Sólo si el yo reconoce en la realidad este factor distinto nace de nuevo la pregunta: «¿Quién es este?»³¹. Sólo en este caso la razón se siente nuevamente desafiada.

4. ¿Quién es éste?

Aquí nos encontramos ante otra dificultad. Muchas veces oímos decir: «Yo reconozco estos hechos, pero me cuesta pronunciar Su nombre». ¿Cómo podemos reconocer hoy quién es Éste? ¿Cómo responder a esta pregunta de forma razonable? De nuevo no existe otro camino más que la observación atenta y apasionada de la realidad, es decir, de los hechos. Y, ¿qué es lo que observamos? ¿Qué hemos observado en estos hechos? ¿Qué rasgos inconfundibles hemos reconocido? Cuando hemos dicho: «Nunca he visto nada igual», lo hemos dicho delante de alguien presente: se trataba de una persona concreta, con rasgos inconfundibles, humanísimos, una persona hecha de carne y hueso; pero lo que hemos visto en aquella mirada humana era el rasgo inconfundible de Su presencia. La ternura llena de compasión con la que nos han mirado, la misericordia con la que nos han abrazado, la piedad con la que alguien decía con una conmoción total: «¡Mujer, no llores!», la sinceridad con la que hemos escuchado a un hombre identificarse con el «sí» de Pedro: era un hombre concreto, con un rostro, con una humanidad. ¡Cómo resplandecía en el rostro de Vicky la clarividencia sobre el significado de la vida! Alguien que lo reconoce se encuentra dentro de una compañía que es la verdadera respuesta a la soledad. Todos los rasgos que hemos recordado y que hemos visto en estos días, ¿a Quién pertenecen? Y lo más imponente es que esto me enseña que todas las circunstancias son un signo análogo.

Hemos pedido toda la semana con la oración litúrgica que don Giussani comentó de manera incomparable: «“Te pedimos, Señor, que, amándote en todo y sobre todas las cosas, consigamos alcanzar tus promesas, que superan todo deseo”. En esta oración se condensa toda la dinámica de la vida cristiana: frente a uno mismo, y por tanto frente al propio destino, porque el hombre es su destino; frente a los demás, pues el hombre es el amor que lleva a los demás, es el afecto que vive, según toda su gama de posibilidades, desde la preferencia ardiente hasta el odio; frente a todas las cosas. En esta oración se describe la dinámica cristiana de la relación con la realidad, que parte de uno mismo, de la conciencia del propio destino, empapa toda la afectividad que de distintas formas se posa sobre el rostro y sobre la presencia del otro, e impregna todas las cosas». Y fijaos en lo que dice: «“Amándote *en todo*”: no se excluye ni un cabello de la cabeza. La pureza que Cristo ha traído al mundo, que nos alcanza nada más despertarnos, es un amor a cada cosa». ¿Quién es éste que introduce un amor a cada cosa sin eludir o cercenar nada? «“Amándote en todo y *sobre* todas las cosas”: este “sobre” es lo contrario de “más allá”, es un *dentro* de todo, de tal forma que la cosa sea amada hasta llegar a Cristo. Porque si un hombre ama a una mujer sin llegar hasta Ti, oh Cristo, no la ama, su ímpetu se corrompe, está ya corrompido desde el inicio; si un hombre está apasionado por su trabajo y no penetra el objeto y la modalidad de su trabajo hasta alcanzar el presentimiento de Tu rostro perfecto, que nos aguarda [...] tras el último empuje de la remada que nos lleva a la otra orilla, si ama las cosas que usa en su trabajo sin buscar Tu rostro en ellas, carga el yugo del mundo con una mentira más, aunque llegase a ser premio Nóbel»³².

5. Presencia de rasgos inconfundibles

Estos rasgos inconfundibles, ¿de quién son? Yo no lo sé, nadie lo puede saber por sí mismo. Por eso muchas veces uno no consigue decir Su nombre. Como hemos dicho en los Ejercicios, la respuesta a la pregunta evangélica: «¿Quién es éste?», la da Él. ¿Quién nos lo dice? ¿De quién son estos rasgos? ¿Dónde encontramos estos rasgos? ¿Dónde podemos verlos? En el testimonio que ha permanecido como canon en el Evangelio. Nosotros sabemos que son de Cristo los rasgos inconfundibles que reconocemos en nuestra experiencia porque son los mismos que encontramos en el Evangelio, son los rasgos del

hombre Jesús de Nazaret. La tradición de la Iglesia nos permite tener experiencia de estos rasgos inconfundibles: te hace leer el Evangelio para hacerte comprender a Quién pertenecen esos rasgos inconfundibles. Me lo decía hace muchos años una persona de una parroquia cercana a Madrid, que había conocido el movimiento y que no había tenido una educación cristiana. Había descubierto estos rasgos inconfundibles en los amigos cristianos que había conocido, y después había empezado a ir a Misa, escuchaba el Evangelio y decía: «¡A estas personas que salen en el Evangelio les pasaba como a nosotros!, ¡y no comprendía que era lo contrario! ¡Que a nosotros nos pasa lo que les pasaba a ellos! Esa persona podía identificar lo que veía cuando escuchaba contar los mismos hechos. El Evangelio no guarda sólo un recuerdo del pasado, sino describe hechos que tienen hoy el rostro de personas concretísimas, si bien con los rasgos absolutamente inconfundibles que pertenecen a Cristo.

Por eso don Giussani siempre se ha identificado con los episodios evangélicos y nos ha hecho apasionados de la lectura del Evangelio. Ahora casi pensamos que es una pérdida de tiempo espiritualista, pero nosotros no habríamos escuchado nunca hablar así, ni nos habríamos sentido nunca mirados así, con ese «¡Mujer, no llores!» o con el «sí» de Pedro si él, durante años, no hubiese vivido la identificación con esta figura de rasgos inconfundibles que es Jesús. Él obra así, su gracia sigue obrando como al comienzo, de tal manera que la fe nace como una flor de gracia en el límite extremo de la razón.

6. La prueba de la fe: la satisfacción

Voy a señalar brevemente el último punto. Que nosotros hemos hecho este recorrido juntos se ve por esa prueba de la fe que es la satisfacción. No perdáis tiempo con otras consideraciones: ved el recorrido que habéis hecho atendiendo solamente a esto, y como no somos tontos, sabemos cuándo estamos satisfechos y cuándo no. Para saber si el zapato que nos ponemos es el adecuado no hace falta que se lo preguntemos a nadie. Basta con que uno mire su experiencia. Se ve si hemos hecho el recorrido de la satisfacción. Don Giussani termina de comentar esta oración de la Liturgia diciendo: «“Consigamos alcanzar tus promesas, que superan todo deseo”. Estos bienes prometidos, que superan todo deseo, no están al final si no están ya dentro de la vida». La satisfacción se da ahora. «Amán-dote en todo, es decir amando cada cosa hasta llegar a percibir, a

presentir, a tocar en la oscuridad Tu rostro [“Tu” con mayúscula], el deseo que tenemos de querer a la persona amada, a nosotros mismos, al trabajo, a las cosas, al mundo, supera todo deseo nuestro. [...] Amando a Cristo dentro de cada cosa –continúa–, no deteniéndonos en la apariencia, sino pasando a la otra orilla de cada cosa, que es Él [ésta es la fe], nosotros comenzamos a gozar de lo que nos ha prometido, de “su promesa, que supera todo deseo”». «“Quien ama a su padre o su madre más que a mí no es digno de mí. Pero quien abandona padre, madre, hermano, hermana por mí causa... tendrá cien veces más...”: es decir, se amará cien veces más a sí mismo y a su pobreza; abrazará con piedad, cien veces más, su miseria; deseará, aspirará, caminará cien veces más impetuosamente hacia su destino. Amar a la mujer o al hombre, al compañero y al extraño, cien veces más; amar las cosas que tenemos entre manos cien veces más; perdonarse a uno mismo, al otro, a todos y a todo, cien veces más; abrazar el mundo cien veces más, penetrar todo cien veces más: esto se nos ha dado, porque Él no ha tergiversado, no ha incriminado, sino que ha salvado al mundo»³³.

Cada uno de nosotros puede juzgar qué ha sucedido. Y esto no lo hacemos por un moralismo. No es para volver al «no somos dignos», sino para comprender que si no hemos llegado hasta aquí el problema no es que no seamos dignos, sino que no hemos hecho el recorrido de la fe; porque sin la fe no existe la satisfacción. No tenemos que enfadarnos con la vida, con los demás; sencillamente no se nos ahorra este recorrido, que hacemos juntos, pero que es personal. Porque incluso el malestar que pueda quedar puede convertirse en el punto de partida para hacerlo. ¿Quién puede hacerlo? Sólo aquel que tiene un afecto último a sí mismo. La fe es la expresión última de un afecto a uno mismo, de un amor a uno mismo. El que se detiene antes, o el que se detiene en la apariencia, en última instancia no se ama a sí mismo. Es como una resistencia por un odio hacia uno mismo.

Por eso, dice don Giussani: «Si el movimiento no es una aventura para cada uno y no es el fenómeno de ensancharse del corazón, entonces se convierte en el partido del que he hablado antes, que puede estar cargado de proyectos, pero donde la persona está destinada a permanecer cada vez más sola y trágicamente definida por el individualismo»³⁴. Si nosotros queremos estar en la realidad como hombres sin patria, sólo será posible teniendo esta experiencia de la vida; de otra forma, como todos, buscaremos un lugar en el que cobijarnos.

Notas

¹ Hb 12, 1-2.

² L. Giussani, *Uomini senza patria* (1982-1983), BUR Rizzoli, Milán 2008.

³ «Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe», Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rimini 2008, supl. a *Huellas-Litterae Communionis*, n. 6, junio 2008.

⁴ L. Giussani, *Uomini senza patria...*, o. c., pp. 294-295.

⁵ *Ibidem*, p. 295.

⁶ *Ibidem*, p. 296.

⁷ *Ibidem*, p. 297-298.

⁸ *Ibidem*, p. 298.

⁹ *Ibidem*, p. 299.

¹⁰ *Ibidem*, p. 291.

¹¹ Oración sobre las Ofrendas del Domingo de la XX semana del tiempo ordinario.

¹² *Sal* 84, 3.

¹³ L. Giussani, *Uomini senza patria...*, o. c., pp. 293-294.

¹⁴ Hace referencia al texto: L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007.

¹⁵ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1987, p. 159.

¹⁶ *Ibidem*, p. 161.

¹⁷ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, Introducción, 1.

¹⁸ L. Giussani, *Uomini senza patria...*, o. c., pp. 298-299.

¹⁹ *Ibidem*, p. 294.

²⁰ *Mt* 5, 6.

²¹ L. Giussani, *Uomini senza patria...*, op. cit., pp. 297-298.

²² *Ibidem*, p. 299-300.

²³ *Lc* 5, 31-32.

²⁴ *Mt* 6, 26.

²⁵ *Mt* 6, 27.

²⁶ *Mt* 6, 28-30.

²⁷ A. Sinjavskij, *Pensieri improvvisi*, Jaca Book, Milán 1978, p. 75.

²⁸ L. Giussani, *El hombre y su destino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 112.

²⁹ L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., p. 51.

³⁰ *Mt* 14, 27.

³¹ *Mc* 4, 41.

³² L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, Edit – Il Sabato, Roma 1993, p. 303.

³³ *Ibidem*, p. 304.

³⁴ L. Giussani, *Uomini senza patria...*, o. c., p. 204.

Suplemento de la revista *Huellas - Litterae Communionis*, n. 8 septiembre de 2008

Maquetación: IMÁN COMUNICACIÓN

Impresión: GRÁFICAS ENAR

